

www.pucp.edu.pe

EDICIÓN ESPECIAL

.edu



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

Año 7 N° 201
31 de enero del 2011

puntoedu@pucp.edu.pe
Distribución gratuita

Publicación de la
Pontificia **Universidad Católica** del Perú

Lo recuerdan:

- Alan García Pérez
- Mario Vargas Llosa
- Marcial Rubio Correa
- Cecilia Cisneros
- Nacho Cisneros
- Carlos Garatea
- José Agustín de la Puente
- Ricardo González Vigil
- Carlos Gatti
- Luis Peirano
- José García Belaunde
- Rodolfo Cerrón Palomino
- Héctor Velásquez
- Mario Montalbetti
- Marco Martos
- Alonso Cueto
- Álvaro Ezcurra
- Ricardo Blume
- Renato Cisneros
- Jorge Eslava
- Giovanna Pollarolo
- Juan Gargurevich

Luis Jaime

(1921-2011)

especial » LUIS JAIME CISNEROS VIZQUERRA

"Ser maestro es una vocación por entregarse al otro"

[LJC, 2006]

Alumnos, colegas, amigos y familiares recuerdan en estas páginas las lecciones de Luis Jaime Cisneros dentro y fuera del aula.

Por
CARLOS GARATEA G.
Alumno de LJC
desde 1984
hasta hoy



La casa de Luis Jaime

No es la primera vez que escribo sobre Luis Jaime, pero sí es la primera vez que no podré llevarle un texto mío para comentarlo, reírnos de él o sencillamente para usarlo de preámbulo a otro tema o a una buena taza de té, con tostadas y mermelada, en compañía de Sara, su esposa. Es una ausencia que entristece y que, al mismo tiempo, alegría y tonifica cuando sentimos y reconocemos la huella que dejó en cada uno de nosotros. Las muestras de afecto que se han sucedido desde su muerte, las espontáneas expresiones de cariño que he leído y oído en los últimos días, los recuerdos y las imágenes que hemos compartido muchos de sus amigos, la repentina aparición de ex alumnos cuya suerte ignoraba, los cientos de intervenciones juveniles en la web, la angustia de un joven que no encuentra pasaje a Lima para llegar a tiempo, un profesor insomne, otro soñador, el acogedor silencio el sábado durante la mañana en Fátima, una suave música de piano, la humedad de las miradas desde que se dio la noticia, las ausencias por una pena que quiebra las piernas, el lento caminar, la corneta del minuto, los abrazos, las flores y tantos testimonios de admiración nos dicen que la vida de Luis Jaime descansa en los demás. Le dimos sentido a sus días y él a los nuestros. ¿Habría mejor regalo para un profe-



FUERA DE CLASE. Luis Jaime promovía el diálogo con sus estudiantes y mantenía una estrecha relación con ellos.

LUIS JAIME ESCUCHÓ Y ACOMPAÑÓ A CIENTOS DE MUCHACHOS QUE TOCARON SU PUERTA. YO FUI UNO DE ELLOS

sor que el afecto y el recuerdo amable de un alumno?

Para Luis Jaime, nuestra universidad fue su casa. No lo digo sin meditarlo. Lo ha-

go porque él encontró en nuestras aulas el lugar donde echar raíces y abonar el terreno para mejorar la cosecha. Aquí se quedó. Sus palabras, roncas y tiernas, de unos meses atrás no hicieron sino anunciar su permanencia: "...no me voy de la PUCP. En todas las esquinas estoy. Desde todas ellas observo, aplaudo y protesto". Lo oímos emocionados pero sin sorpresa. A esta casa dedicó su vida. Intervino en su construcción, en amueblarla y en darle la orientación de un centro de educación superior que merece llamarse Universidad. Claro que, para Luis Jaime, la casa debe estar en per-

manente movimiento y crecimiento. Nada de quietud. Porque la universidad es "una institución que tiene como arma el conocimiento y estudia las distintas maneras con que sus servicios pueden servir a cristalizar cuanto proyecto se ofrezca para el porvenir", razonaba hace poco.

Para mirar el porvenir hay que investigar y estudiar, curándose de las modas, de lo efímero y banal que ningún beneficio traen al progreso del conocimiento ni a la formación. "La universidad es la casa donde aprendemos a averiguar, analizar, ensayar, discutir, cuantas soluciones se

ofrecen como fruto del estudio", y añadía: "Estamos en la hora de continuar la búsqueda y perfeccionar la investigación para enriquecer, rectificar y perfeccionar lo conquistado. Reducirla a impartir enseñanza de lo sabido es denigrarla, empobrecerla". Nada más cierto, Luis Jaime. Esta Universidad es una comunidad en búsqueda permanente de la verdad. Por eso se investiga y por eso la vocación universitaria es una vocación por la libertad y por una vida intelectual practicada con seriedad y rigor. Y en esa vida, los jóvenes, a quienes debemos formar, no instruir, deben ser escuchados y acompañados durante un proceso que es personal y que no admite recetas ni imposiciones. Luis Jaime lo hizo con cientos de muchachos que tocaron su puerta. Yo fui uno de ellos.

Alguna vez, le preguntaron a Luis Jaime qué consejo le daría a un maestro que empieza. Terminó citando su respuesta: "Aprender a esperar a que los frutos surjan en su momento preciso, sin precipitarse. Aprender a vislumbrar lo que está en ciernes. La tierra debe ser regada pacientemente, sin apresuramiento. No hay que empujar al alumno; hay que ayudar a que se descubra dueño de sus propios impulsos. Hay que iluminarle el camino, instándolo siempre a marchar por decisión propia. Y luego, cuando lo veamos triunfar, hay que aprender a desaparecer por el foro, sin hacer ruido".

JACKELINE CASTILLO



SEIS DÉCADAS. Luis Jaime inició su larga relación con la Católica en 1948, cuando empezó a dictar el curso de Lengua a jóvenes de primer año de Letras.

Adiós al amigo

Por **AGUSTÍN DE LA PUENTE C.**

La muerte de un amigo convoca recuerdos diversos que quisiera ordenar en esta memoria de mi relación con Luis Jaime Cisneros, a quien conocí en torno a 1948. Bajo la conducción de Víctor Andrés Belaunde, vivimos con Luis Jaime –y con otros colegas de la época– la ilusión de crear en el Instituto Riva-Agüero un centro de investigación de las cosas peruanas, que a la vez permitiera a los alumnos descubrir su vocación en el campo de las humanidades. En esta tarea Luis Jaime fue un profesor que se transformó en maestro, a través del dominio del lenguaje, y de su capacidad para la formación intelectual de los estudiantes y para señalarles el camino de una seria tarea intelectual.

No me olvido de nuestras largas tertulias, al recorrer el camino de la Recoleta a Lártiga. Asimismo, tengo muy presentes las reuniones en el res-



taurante El Patio –donde disfrutábamos de su brillantez como conversador siempre ingenioso y amigo de los juegos de palabras–, y nuestra alegría cuando apareció el primer número del Boletín del Instituto Riva-Agüero. Parece que fueron ayer los frecuentes paseos que hacíamos, con otros profesores y alumnos, a Chaclacayo y Chosica, y no puedo dejar de mencionar el viaje al sur andino que realizamos Luis Jaime y yo en 1951, acompañados por tres alumnos de ese tiempo: José Antonio del Busto, Luis Loayza y Raúl Zamalloa.

Un padre espiritual

Por **RICARDO GONZÁLEZ VIGIL**

Al dar mi primer examen de Lengua, en 1966, Luis Jaime (así, sin apellido, todos sabíamos en el ámbito universitario a quién nos referíamos), junto con la calificación, me citó para conversar con él en un café de la Galería Boza, en pleno Jirón de la Unión. Constató que la literatura era mi vocación y, a partir de entonces, me reclutó para gozar de su magisterio y de su amistad en el Seminario de Filología del Instituto Riva-Agüero. Dos años después, me nombró jefe de prácticas en su curso y, apenas terminé mis estudios, en 1971, me encargó ser el profesor-coordinador de Lengua en Estudios Generales Ciencias Económicas. Es decir, supo sacar de mí el potencial que tenía (para sorpresa mía, que creía que me iba a dedicar, en lo posible, a la creación literaria y a la lectura omnívora de la literatura universal) para la docencia, la investigación y la crítica litera-



ria. Logró que me entusiasmara la Lingüística (en el colegio me apasionaba Literatura, pero no la Lingüística), comprendiendo que sin ella no podía captar cabalmente la magia de la creación literaria. Sobre todo, me inició en la tarea intelectual que más me satisface: la Filología, que edita rigurosamente textos, con anotaciones esclarecedoras y estudios preliminares sobre el contexto histórico-cultural del texto. *Filo* (amor) y *logos* (el sentido plasmado en un texto): amor al lenguaje que Luis Jaime transmitía leyendo en voz alta con más rit-

mo y matización interpretativa que nadie; y, luego, invitando al dominio del estado de la cuestión sobre el texto leído, encargando la redacción de reseñas críticas y monografías.

Tuve la suerte de ser formado por auténticos maestros universitarios. Ninguno mejor que Luis Jaime para erigirse en un padre espiritual, ya que, desbordando inteligencia, afecto y sentido humanístico del humor, presidía el nacimiento y los primeros pasos en la vida universitaria y en su proyección pedagógico-reflexivo-cívica al país. Como yo, incontables personas a lo largo de seis décadas contamos con su ejemplo, comprensión y donación generosa. Me atrevería a afirmar que, con Víctor Andrés Belaunde y el R.P. Felipe Mac Gregor, conforma el trío mayor que labró esa madurez académica e institucional que ha consagrado a la PUCP como la mejor universidad privada del Perú, de indiscutible prestigio internacional.

especial » LUIS JAIME CISNEROS VIZQUERRA

Mi padre, mi guía, mi maestro

Por **CECILIA CISNEROS H.**

Luis Jaime fue siempre muy cercano a nosotros, sus hijos. Siempre supo ofrecernos oídos atentos y acercarse a dialogar a cada uno de forma particular. Nos hizo sentir a los cuatro únicos y especiales. En casa se nos incentivó desde muy chicos a expresar lo que pensábamos y sentíamos. Los almuerzos siempre fueron un punto de encuentro y conversación de todos los temas que nos preocuparan a los seis miembros de la familia. Mi padre nos respaldaba en alcanzar nuestros sueños cuidándose mucho de no interferir para darnos libertad en nuestra decisión. No nos evitó el errar, pues siempre nos hizo ver que era importante aprender de los errores. Y cuando el diálogo se quedaba insuficiente, misteriosamente aparecía en la mesa de noche un libro cuya lectura ter-



minaría de darnos la respuesta a nuestras inquietudes. Sí, todos leemos y mucho. Hijos y nietos hemos paseado con él por librerías para que eligiéramos el libro que quisiéramos. Nos conocía tanto a todos que sabía qué texto elegir para cada uno, pues se fijaba mucho en qué libros nos jalaban los ojos cuando revisábamos tímidamente los anaqueles de las librerías. Nunca escatimó en comprar libros que nos ayudarían a crecer como personas y a desarrollar la imaginación.

Las manos de Luis Jaime, mi padre

Por **NACHO CISNEROS H.**

Los cielos están colmados de tu gloria gracias a esta brusca farsa de los dioses que llaman muerte. Eres ahora parte de esa nueva aventura de la vida, dueño de una nueva juventud. Veo la paz instalarse en tu rostro mientras la suave tesitura de tus manos me enternece y trae en segundos a mi mente toda la vida que vivimos juntos. Eres Don Quijote, el gran desengarabintangulador del mundo, eres el piano de la casa adueñándose de mi musicalidad y del tiempo. Eres el guardián que me abrió las puertas de la sagrada libertad. El mago del ajedrez, el verdugo de crucigramas. Siempre la luz en mi oscuridad.

Acaricio tus largos dedos y siento tu vida empezar a transformarse. Eres nuevo nuevamente. Las máquinas de la Unidad de Cuidados Intensivos dicen que pronto no estarás allí y de pronto estás en todas partes, en los rostros de cada uno de los que estamos allí alrededor tuyo en el trémulo instante de la aparición de lo eterno. Sembrador de capullos que adornarán los jardines del futuro, armador principal de las fuerzas del amor, el campeón de toda mi vida. Toco tu pecho e intento con-



tagiarme de la calma y paciencia que siempre rebozaste para encarar en paz todo este momento y entonces eres el viento que anuncia el claro tras la niebla. Temo al sentir tu vida escapar de nuestras manos cuando el frío anuncia que estás cerca a algo grande... algo que nos congela por un instante y luego nuevamente la vida fluye entre tus manos y las mías. Una nueva y poderosa vida juntos por los caminos de la vida y la muerte que solo son uno como nosotros dos (padre e hijo) desde este momento. Un claro de luz nos sobrepasa y el llanto nos es más que señal de eso: de asombro. Mi hermano sujeta tu otra mano mientras mi madre y mis hermanas lloran a su rey. No hay más miedo tan solo orgullo y amor.

Gracias viejo, gracias por todo.

Conversar con los hijos

POR LUIS JAIME CISNEROS

JACKELINE CASTILLO



LECCIÓN DE ABUELO. Luis Jaime conversa con su nieto Mauricio Tapia Cisneros en el jardín de su casa.

Es difícil conversar con los hijos, sí señor; no me dice usted nada nuevo. Pero déjeme que le pregunte a usted algo, amigo mío. ¿Sabe usted qué es conversar? Es algo que exige dos interlocutores en un mismo nivel, medidos con un mismo rasero. Lo único que los une es la lengua. No la edad. No los privilegios. No las jerarquías. Porque en cuanto crea usted que el privilegio, la jerarquía o la edad deben ser respetados por «el otro», se acabó la conversación. Conversar significa un juego

alternado de oír con ánimo de comprender y de ratificar con las palabras de uno mismo que se ha comprendido al interlocutor. Una conversación no es una contienda. Una conversación no es una ocasión para dar consejos que no nos solicitan, ni opiniones que no nos piden. Lo que el muchacho quiere es que lo oigamos. ¿Qué se sonríe usted? Pues si de verdad es usted mayor, escuche bien, y no se sonría. ¿Que está usted muy apurado para oír a adolescentes? El apuro de él es más grave que el suyo, mi amigo: el de él no puede esperar.

¡Que no se entienden! ¿Que hablan idiomas distintos? ¿Y quién le dijo a usted que los muchachos tienen que hablar nuestro idioma, que pertenece al ayer? Empezar a oírlos y a comprenderlos es un modo de empezar a ayudar, es el mejor modo de realizar nuestra tarea. ¿Que es duro? ¡Es que no ha conversado usted! Cuando lo haga, se sentirá reconciliado con la vida. Y habrá ganado en salud.

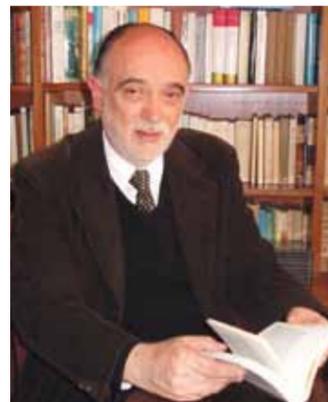
[MIS TRABAJOS Y LOS DÍAS]

Luis Jaime Cisneros, amauta

Por **CARLOS GATTI**

Suave o enérgica, asordada o potente, su voz recorría las cultas –aunque bucólicas– rimas, y sus inflexiones alumbraban hipérbatos, subrayaban retruécanos, se demoraban morosamente en las aliteraciones, y el conjunto antes informe de versos se ordenaba en música y en sentido.

Si alguna imagen quisiéramos retener los alumnos de Luis Jaime sería tal vez esta: la del maestro seco de carnes, enjuto de rostro (no digo «gran madrugador y amigo de la caza» porque podría confundirme de personaje), leyendo en voz alta con ojos brillantes –aunque fatigados– sus bien amados versos ante un público



adolescente que descubría, por su lectura, que el texto es también una representación y un drama, y que la literatura podría ser una de las formas más profundas de gozo.

Con su voz, Cisneros desembotaba nuestros sentidos juveniles y nos enseñaba a percibir,

a escuchar; y luego, a comprender, a distinguir. Posteriormente aprendimos de él también a investigar, a tratar los textos como aventuras y a embarcarnos en otros mares, distintos de los acostumbrados.

Creo que con ello, Luis Jaime Cisneros continuaba con generosidad una tradición que había bebido de sus maestros Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña y Roberto Giusti, quienes lo formaron en los rigores de la Filología cuando cursó estudios universitarios en la Argentina. Pero también es probable que respondiera a una necesidad interna –particular y propia de él– de prodigarse a sus discípulos y de no regatearles ninguna posibilidad de conocimiento.

La tertulia y la vida

A lo largo de su vida, Luis Jaime se rodeó de grandes personajes que supieron valorar su calidad humana y su buena conversación 1. Luis Jaime junto a Julio Ramón Ribeyro, 2. José Agustín de la Puente Candamo, 3. Víctor Andrés Belaúnde, 4. El poeta Amado Alonso y 5. Sara Hamann, su esposa.

ARCHIVO HISTÓRICO PUCP / JACKELINE CASTILLO



MAYU MOHANNA

A mí no me gustaba Cisneros

Por **LUIS PEIRANO**

Fue mi primer problema cuando ingresé a la PUCP. En oposición a la mayoría de mis compañeros, a mí no me gustaba Cisneros. No respondí a sus famosas encuestas ni a sus clásicos llamados a conversar con él. Si bien no podía ocultar mi interés por sus clases, prefería las de José Luis Rivarola, que compartía el curso con él.

En el primer examen que nos pusieron había dos preguntas, y tantas advertencias sobre cómo sí y cómo no responderlas, que me parecieron amenazantes. Por ello decidí responder solamente a la pregunta de Rivarola. Me saqué 10 sobre 20, y yo lo tomé como un triunfo. Pero me desarmó una nota de

puño y letra firmada “Cisneros”, que decía: “Lo siento”. Ello me ayudó a descubrir una faceta inusitada en este “gigante de la academia”, como lo bautizó un amigo. Su capacidad de buscar una vía de acceso al estudiante más reacio o distante. En adelante pude reconocer en él al maestro que mis compañeros admiraban, incluso con algo de temor.

Luis Jaime no era un profesor común. A su condición de catedrático cuasi-jesuita sumaba una capacidad de mostrarse frágil y con ganas de aprender de sus propios alumnos. La última parte del curso, sobre el uso indebido de la preposición “de”, fue una de las experien-



cias más ricas de mi formación universitaria.

Cuando terminé el primer semestre me tocó conocer mejor a Sara Hamann, su esposa, que nos enseñaba Historia del Perú, con José A. de la Puente. Como Luis Jaime y Sara vivían en algún lugar al sur de Barranco, los pude ver detenerse fren-

te a mí varias mañanas muy temprano en la Av. Grau, donde yo esperaba el colectivo para la Plaza Francia. Siempre me invitaron a acompañarlos y en el trayecto fui testigo de su diálogo matutino, en el que Luis Jaime me incluía con soltura, sin mirarme, desde su posición casi fetal en el asiento del copiloto. Alguien ha señalado ya en los homenajes a Cisneros su capacidad para ofrecer amistad a sus alumnos. A mí me tomó más tiempo convertirme en su amigo, pero tal vez por eso y gracias a mi permanencia en la Universidad como profesor, pude continuar siendo su alumno todos estos años. Lo he escuchado bromeando, preguntando y respondiendo, con enorme intensidad. Nadie duda hoy de que Luis Jaime continuó siendo un joven universitario hasta que murió.

A lo largo de mi vida académica he tenido muy presente a Cisneros y siempre recibí de él notas, pedidos, sugerencias firmadas solamente con su apellido. Estudiando fuera del Perú y en el proceso de producir mis primeros textos de posgrado, le pedí siempre ayuda, a través de una pequeña tarjeta postal, copia de un óleo de J. E. Blanche que era en realidad un retrato de James Joyce. Alguna vez se lo comenté a Sara. No tengo la foto de Cisneros en mi oficina pero sí la de James Joyce, al que siempre identifiqué con él. Y no solo porque se parecen. Antes de terminar Letras, Luis Jaime me insistió en que entendiera que el problema de un artista adolescente de reconocerse como tal era más antiguo que yo, e incluso que él mismo. Voy a extrañar a Cisneros, que me dejó a Joyce entre las manos.

especial » LUIS JAIME CISNEROS VIZQUERRA

“Yo lo he conocido, doctor Cisneros”

Por
ALAN GARCÍA PÉREZ
Presidente de la República
Alumno de Luis Jaime Cisneros
en 1965

El Presidente de la República y el canciller recuerdan cómo lo conocieron, sus clases y la amistad que los unió.

Conocí a Luis Jaime Cisneros en el año 1964, un día que visitaba la Universidad de Lima, de Antonio Pinilla, y estaba él allí. En 1965 me presenté a la Universidad Católica. Llegué muy temprano al examen oral en la casa Riva Agüero, en Camaná, y el único que estaba era un miembro del jurado: Luis Jaime Cisneros. Yo tenía 15 años, me sentía muy solo pero lo reconocí y me animé a decirle: “Yo lo he conocido, doctor Cisneros”. La presencia y la conversación con él me dieron el aplomo, la confianza para hacer un buen examen. Allí comenzó mi amistad con Luis Jaime, al que tuve de maestro en los años 1965 y 1966. Por cariño, por amistad, asistía irregularmente a sus cursos que ya no eran obligatorios para mí, pues quería escucharlo de nuevo.

La Facultad de Letras de la Universidad quedaba en la Plaza Francia, era una vieja casa con dos patios. En uno de ellos siempre estaba inevitablemente Luis Jaime y también otros maestros, como Honorio Ferrero, gran profesor de Historia de la Cultura. Había ocasión de conversar largamente con Luis Jaime o escucharlo en su diálogo.

Así fue naciendo una cercanía que nunca perdí, tanto que años después, y tras cinco años de estudios en Europa, volví y lo primero que hice, entre otras cosas, fue ir a buscarlo. Él siempre recordaba que al verme me dijo: “Vendrás a ejercer Derecho en el estudio de Melgar”, que era un gran abogado. Yo le respondí: “No, profesor, vengo a prepararme para ser presidente de la República”. Él se reía mucho de esa anécdota, porque en la noche su hermano, que era ministro de Gobierno, le preguntó: “¿Tú conoces a un Alan García? Dice el presidente Morales Bermúdez que va a ser presidente del Perú”. Y eso lo sorprendió mucho.

Mantuvimos siempre una gran amistad, pero con el



RECONOCIMIENTO. El 19 de diciembre del 2006 Luis Jaime Cisneros recibió la Orden El Sol del Perú en el grado Gran Cruz de manos del presidente García.

enorme respeto del alumno, que siempre sintió el estímulo, la espuela de Luis Jaime para pensar y repensar las frases de las lecturas, las novelas. Su enseñanza de usar la lectura como un medio para reflexionar y aprender a pensar, para mí, fue imborrable. Y esto lo he recordado después de muerto Luis Jaime.

Tuve la ocasión de rendirle un homenaje condecorándolo con la Gran Cruz de la Orden El Sol del Perú. Creo que ha sido una vida completa, redonda, íntegra. Siempre se llorará la desaparición física de una persona, pero siempre agradeceremos que Luis Jaime tuviera participación en nuestras vidas. Es un hombre que dejó una huella profunda en nosotros y en todos sus alumnos. Seis ministros, conmigo, somos ex alumnos de Luis Jaime. Tiene mayoría en el Gabinete respecto de cualquier otra institución y todos lo queremos igualmente.

¿Cuál es la gran lección que

nos ha dejado? Aprender a ser libres, aprender a pensar y, en el camino de aprender a pensar, usar la lectura como un instrumento para saber pensar. Con él, yo coincidía sobre los temas modernos. Usamos el Twitter, chateamos, pero mediante eso nos informamos de cosas muy segmentarias. La integralidad del pensamiento, la estructura del pensamiento, solo se adquiere reflexionando sobre la lectura. Esa es su inmensa enseñanza. Nos leía en voz alta, nos estimulaba a leer no solamente literatura castellana, el Quijote, que él amaba, sino también Bertolt Brecht y por cierto Góngora, que era su preferido entre los poetas españoles.

Yo siempre recordaré a Luis Jaime con afecto. Siempre lo saludaba dándole un beso como si fuera un pariente mío. Lo vi en su ataúd lleno de una paz enorme del que ha vivido la vida completamente y sin hacer daño a nadie.

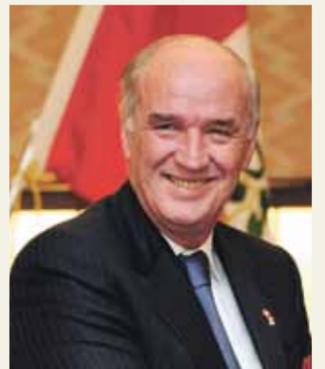
“Yo pongo el pan”

Por **JOSÉ GARCÍA BELAUNDE**
Canciller de la República

Estaba en primer año de Letras y era delegado de clase. Luis Jaime había sido elegido miembro de la Academia Peruana de la Lengua, y yo me esmeré en hacerle un discurso. Él, incómodo por las loas y después de carraspear un rato, me dijo: “Gracias, muchacho, pero no pagan por estar allí”.

Cuando yo ingresé a la Universidad, ya era un personaje legendario, deslumbraba por lo que sabía y cómo lo transmitía, por la manera de relacionarse con los jóvenes y por su exquisito gusto literario que demostraba leyendo en voz alta sus autores preferidos, desde Góngora y Cervantes hasta Borges.

Pero recuerdo con especial aprecio el gesto de agasa-



jarnos a Alan García y a mí cuando se constituyó el Gobierno el 2006 con almuerzo en su casa, con Sara, Luis Jaime hijo, Gustavo Gutiérrez y Mirko Lauer. Tarde inolvidable. Al salir, Alan le dijo para volver a encontrarnos, pero en algo más simple, como comernos un pan con jamón y queso. Luis Jaime le dijo: “Encantado, yo pongo el pan”.

SERPRES

“El lenguaje es mi arma y mi escudo”

[LJC, 1991]

Apasionado estudioso de la lengua, Luis Jaime Cisneros deja importantes reflexiones acerca del funcionamiento del lenguaje. Colegas suyos reconocen sus aportes a la Lingüística.

Enfatizó la necesidad de promover la lectura

Por **HÉCTOR VELÁSQUEZ**

Sus aportes a la reflexión lingüística fueron muy diversos, pero, de algún modo, sus bases teóricas estuvieron siempre ligadas a la Estilística, vertiente que ve al lenguaje como un ente dinámico (*energeia*), en oposición a la concepción estática del lenguaje (*ergon*) del estructuralismo saussureano ortodoxo. En esa línea, privilegió el análisis lingüístico de textos, particularmente, textos poéticos o narrativos, como corresponde a una línea de investigación que parte de la Filología y nunca pierde de vista sus



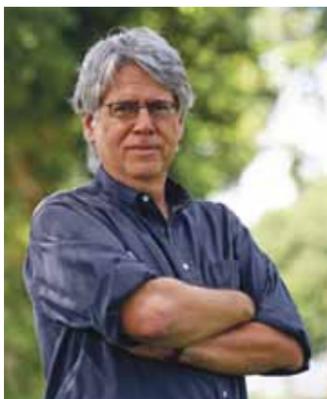
raíces. Muchos de quienes fueron sus alumnos lo recuerdan como promotor de las ideas del Curso de Lingüística General de Saussure, precisamente la

tendencia cuyos inconvenientes la Estilística pretende superar. En ese sentido, LJC comparte la suerte de su maestro Amado Alonso, quien tradujo el Curso fundamentalmente para hacer evidentes sus limitaciones teóricas, pero terminó siendo identificado, más bien, como el gran difusor de las ideas de Saussure en el ámbito hispánico. Desde el punto de vista práctico, y en consecuencia con su ideal lingüístico pro-literario, LJC siempre enfatizó la necesidad de promover la lectura como parte fundamental de la formación de los estudiantes.

Son cruciales sus reflexiones sobre la pausa

Por **MARIO MONTALBETTI**

A mi juicio, la contribución más importante de Luis Jaime Cisneros a la teoría lingüística es su insistencia en el lugar de la prosodia en los hechos del lenguaje. Lo que Cisneros intuyó correctamente es que más allá de los meros hechos cuantitativos asociados con la prosodia (acento, tono, duración,...) existe un elemento integrador en ella que trabaja tanto en el plano del significativo cuanto en el plano del significado. En particular son cruciales sus reflexiones sobre la pausa (véase el Cap. XIV de su *Funcionamiento del lenguaje* como muestra). Una de mis



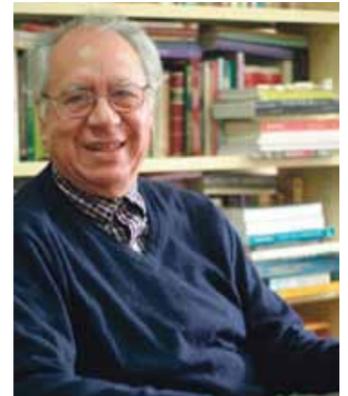
primeras conversaciones con él en EEGG Letras giró sobre cómo recordábamos los números telefónicos. Digamos que el número en cuestión es 4006062, ¿lo recuerdo como “400-60-62” o como “40-06-06-2”? ¿O de al-

guna otra forma? Y lo que Cisneros demandaba con todo esto era fijarnos en las contribuciones prosódicas como integradoras de procesos cognitivos y no como meros adornos estilísticos. Muchos recuerdan de Cisneros sus clases en las que leía a Cervantes, Borges o Cortázar y señalan, con justicia, el “placer de escucharlo leer”. Lo que muchos olvidan, sin embargo, es que detrás de ese placer (o con él) Cisneros estaba sentando las bases de una delicada construcción cognitiva que nos abría la puerta al texto en cuestión. Su insistencia en los mecanismos de la prosodia son cruciales en todo esto y será recordado por ello.

Introdujo la Lingüística como disciplina de estudio en el Perú

Por **RODOLFO CERRÓN PALOMINO**

Podría decirse, sin temor a equívoco, que Luis Jaime Cisneros fue la primera persona que introdujo la Lingüística como disciplina de estudio e investigación en el Perú. Hasta entonces, los estudios del lenguaje en nuestras universidades tenían un enfoque eminentemente normativo, siguiendo la vieja tradición gramatical española. Es cierto que el nombre del padre de la Lingüística, Ferdinand de Saussure, no era desconocido en el ambiente académico, pero su obra, que hasta hacía poco circulaba solo en lengua extranjera, apenas era leída y menos comprendida. Será Luis Jaime, alumno privilegiado del responsable de la versión castellana de los apuntes del maestro ginebrino –don Amado Alonso–, quien introducirá en nuestro medio académico los postulados básicos de la Ciencia Lingüística. Atento, sin embargo, a las nuevas tendencias de la disciplina, tal como esta se desarrollaba tanto en Europa como en América, Luis Jaime tuvo la virtud de no encasillarse dentro de ellas, sabedor de que estas, si bien enriquecedoras, son inevitablemente pasajeras. A diferencia de algunos de sus colegas, el llorado maestro no se limitó a ser mero transmisor o divulgador de las corrientes novedosas dentro de la especialidad sino que, valiéndose de los principios ana-



líticos y metodológicos proporcionados por ellas, supo reflexionar sobre el funcionamiento del lenguaje a partir de nuestra propia realidad lingüística, sin olvidar jamás su condición de país plurilingüe, como lo prueban sus numerosos trabajos publicados. Heredero de una formación fundamentalmente europea, Luis Jaime ejerció con maestría tanto la investigación lingüística propiamente dicha como la filológica. Para él valía tanto el estudio de la lengua oral como el de la escrita, ya sea en su dimensión estrictamente funcional como en su manifestación textual y estética. Esta manera de practicar la ciencia, en un sentido amplio, y no reduciéndola a un inmanentismo disociado del hablante y de la sociedad en la que este se desenvuelve, es el mejor legado que los lingüistas peruanos, discípulos y luego colegas suyos, siempre valoraremos ahora que el maestro y guía se nos fue “rompiendo el puro aire al inmortal seguro”.

Fue clarividente: adivinó la calidad de sus discípulos

Por **MARCO MARTOS**

En el siglo XX y en lo que va del XXI, Luis Jaime Cisneros es el adalid del estudio lingüístico científico en el Perú. Antes de él solo hubo precursores: Benvenuto Murrieta, José Jiménez Borja, Emilio Huidobro. De sus labios sesenta generaciones conocieron los nombres de Saussure, Jakobson, Vossler, Bally, Coseriu, Eco, Chomsky. Fino filólogo, amante de la literatura, desde Montaigne, Erasmo, Góngora y Quevedo, hasta Eguren y Martín Adán. Fue clarividente: adivinó la calidad de sus discípulos Aramayo, Carrión, Zubizarreta,



Oviedo, Rivarola, Pérez Silva, Garatea, Cerrón, Solís, Chavarría. La lista es interminable: incluye a Vargas Llosa y a Luis Loayza.

especial » LUIS JAIME CISNEROS VIZQUERRA

EDITORIAL

Gracias por todo

Pocas veces una ausencia se traduce en tanto cariño y genera una movilización tan amplia como la que hemos visto en estos últimos días, en los que ex alumnos, discípulos, colegas y amigos de Luis Jaime Cisneros se han manifestado masivamente para recordarlo y despedirse.

Todo homenaje será insuficiente ante el legado invaluable de Luis Jaime. Este especial, por eso, es sobre todo un agradecimiento colectivo y una demostración de nuestro inmenso afecto por él. Es, también, una forma de reconocer la importancia de Luis Jaime para nuestra casa de estudios, pues su manera de ejercer la docencia y su vida misma han inspirado decididamente nuestra forma de hacer universidad.

El interés de Luis Jaime por despertar curiosidad en los estudiantes y seguir aprendiendo con ellos; su excepcional pasión por el diálogo libre; su rigurosidad académica; el placer que encontraba en la lectura —y en su difusión—, entre otros muchos gestos cotidianos que lo hicieron un verdadero maestro, constituyen una impronta para el quehacer universitario dentro y fuera de la PUCP.

Por eso es tan querido, por eso será recordado y por eso reconocemos que no ha sido tarea complicada reunir las colaboraciones que presentamos en esta edición de *PuntoEdu*. Y es que el apego, la alegría —y ahora nostalgia—, que produce la figura de Luis Jaime son tales que cuando pedimos textos para este especial obtuvimos siempre respuestas inmediatas y comprometidas. Este entusiasmo nos ha desbordado y ha hecho imposible que publiquemos todo el material, por lo que compartiremos parte de él mediante nuestro portal web (www.pucp.edu.pe/puntoedu).

Agradecemos nuevamente a todos aquellos que se han sumado y se siguen sumando a este y a todos los homenajes a Luis Jaime. Y agradecemos ciertamente al maestro Cisneros por... todo.

“A mí me inculcaron la lectura en casa. Mi nieto menor, Luis Jaime, todas las semanas va al Virrey a jugar con la gata Tilsa y a comprarse su libro. Es un niño pequeño, pero ya tiene memoria de todos los libros que ha comprado, por los dibujos, porque todavía no lee. “Ya tengo chanchitos”, dice, y me los trae, para que yo se los lea. **Él sabe que tiene que comprar libros... la misma suerte tuve yo”.**

(El Comercio, 23/02/2008)

“El cerebro siempre me ha atraído. Por eso nunca me interesó la política, porque **para ser político no hay que tener cerebro”.**

(El Comercio, 23/02/2008)

“El día que creamos que la verdad no es ningún valor no valdrá la pena vivir”.

(PuntoEdu, 29/08/2005)

Voz viva: por el maestro

En clase, en artículos, en discursos o en palabras nos llenan de sabiduría. Como memorables frases que nos dejó.

“Aún en lo más remoto y oscuro de la conversación ajena, hay **algo recuperable**, algo importante; que al fin y al cabo te beneficia. Al escuchar descubres que **no eres el depositario de la verdad, o de la verdad absoluta**. La compartes, a veces, con quienes no tienes idea que tenías algo que compartir, o con quienes estarías dispuesto a negarles todo”.

(El Comercio, 10/12/2006)

“El mejor maestro es el que te ayuda a descubrirte. El que **te muestra que eres mejor de lo que creías**. Que no eres el que creías, que eres otro”.

(El Comercio, 10/12/2006)

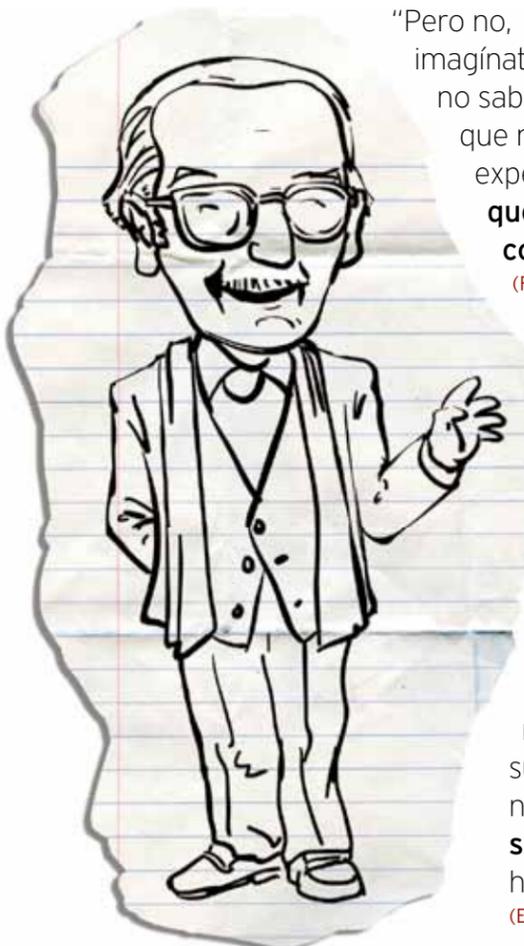
“Pero no, imagínate que no sabes nada, que no tienes experiencia previa... **que eres un congresista”**

(Frases PUCP)

“Cuando se discute sobre el problema de la educación todo el mundo habla de la escuela y de los maestros. **Nadie habla de la familia, ni del Estado, ni de la sociedad.**

Recordemos que antes de la escuela está la casa, pero la familia ya no se ocupa de la educación. Todos piden nuevos programas educativos, más sueldos para los maestros, pero de eso no se trata. **Si la sociedad no se ocupa, si las empresas no se involucran, no hay solución posible”.**

(El Comercio, 10/12/2006)



Palabras

En conversaciones, sus
compartimos algunas de las

“Una vez mi hijo se cayó de la bicicleta y gritó: ‘¡Putá madre!’. Mi mujer lo quiso castigar, entonces yo le dije: **‘Oye, ¿cómo lo vas a castigar si usó bien la palabra?’**”.

(Frases PUCP)

“Las lágrimas son un signo de la condición humana. Los hombres que no lloran se lo pierden”.

(El Comercio, 23/02/2008)



“Una sociedad que no lee está condenada a la incomunicación. **Una sociedad que no lee no hace futuro,** el horizonte está cerrado para ella”.

(El Comercio, 23/02/2008)

“Hay tres cosas que detesto, **la impuntualidad, la improvisación y la adulación.** Me molesta que me adulen y que crean que saben y luego hablen mal. Yo soy incapaz de hablar sin prepararme. No puedo hablar si no he escrito antes lo que quiero decir. A mis clases llego y les doy una hoja con el resumen de todo lo que hablaré”.

(El Comercio, 23/02/2008)

“Nada más tonificante que ver salir a mediodía de los colegios a bandadas de estudiantes. **Son el porvenir que se nos atraviesa para alertar a nuestro corazón** sobre la futura imagen de la patria, cuyas penas y trabajos forjamos nosotros con la indiferencia o el amor”.

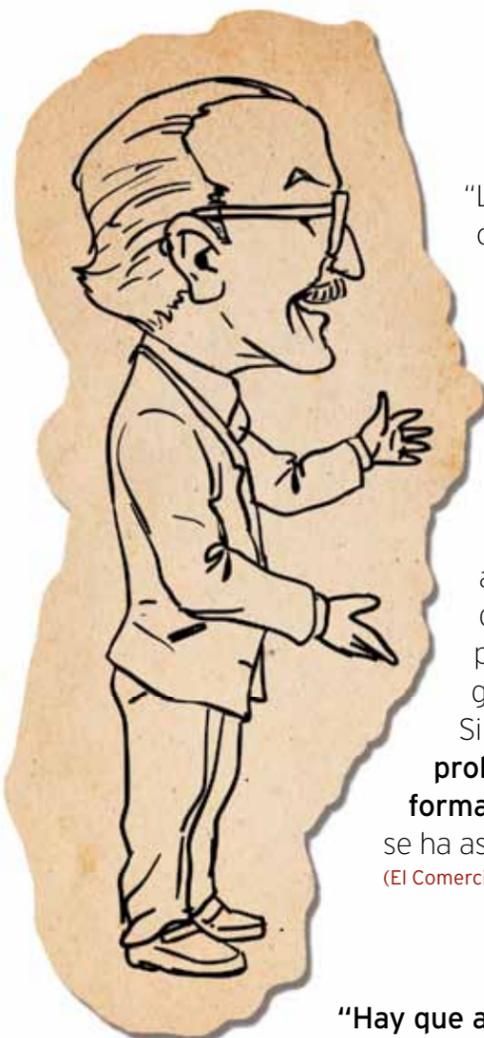
(Mis trabajos y los días)

“Los griegos inventaron el problema para ponerte a prueba. Para que descubrieras que podías resolverlo ingeniándotelas, esforzándote, pensando, creando. **El objetivo del problema es que tengas fe en ti, no en el obstáculo.** Tienes que tener la fuerza, la voluntad, la inteligencia y la decisión para superarlo. Y si no tienes eso, **mi deber es ayudarte a encontrarlo.** No dártelo”.

(El Comercio, 10/12/2006)

“Los políticos prometen lo mismo que prometían aquellos contra quienes Don Quijote protestaba y se excusan con el mismo tipo de argumentos. Quiere decir que **el hombre no ha progresado en materia de valores**”.

(PuntoEdu, 29/08/2005)



“Mi madre tuvo dos hijos: **uno inteligente y otro militar**”.

(Frases PUCP)

“La escuela no puede hacerte creer que el conocimiento se adquiere fácilmente.

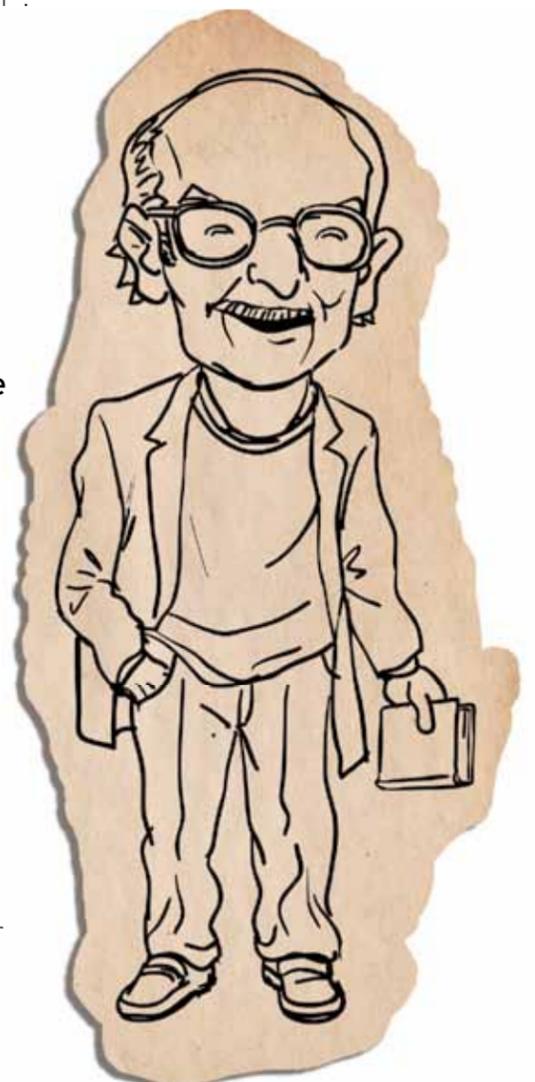
El conocimiento tiene que costarte trabajo.

Debemos luchar para ser los descubridores del conocimiento, los aprovechadores del conocimiento. Y así aprenderemos que tenemos derecho a usufructuarlo, porque no lo hemos recibido gratuitamente, nos ha costado. Si la escuela no anuncia que **el problema existe y existe para tu formación,** estás perdido. La gente se ha asustado con los problemas”.

(El Comercio, 10/12/2006)

“Hay que aprender a aprender para aprender a enseñar. Descubriendo los obstáculos que se te presentan a ti, intuyes los que se les pueden presentar a los otros, a tus alumnos”.

(El Comercio, 10/12/2006)



especial » LUIS JAIME CISNEROS VIZQUERRA

“Gracias a la lectura, somos personas”

[LJC, 2010]

Transmitió a quienes lo rodeaban su pasión por la lectura como un ejercicio necesario en la formación personal. Amigos, alumnos y familiares recuerdan esta cruzada por fomentarla y las lecciones que les dejó.



Por
ALONSO CUETO
Profesor del
Departamento de
Comunicaciones

Una Presencia

De todos los momentos que nos quedarán siempre de esa vida, hay algunos que aparecen rápidamente: su voz fluida y dramática en clase leyendo el famoso pasaje de “El Aleph”; sus explicaciones minuciosas sobre el signo lingüístico; sus tardes tomando té y tostadas con mermelada en su casa de General Borgoño y luego en la avenida La Paz; su recitación de “Las Soledades” de Góngora, con las adiciones de Damaso Alonso; sus bromas sobre los militares en los tiempos de la dictadura velasquista (algunos animales son multicolores pero los gorilas tienen color uniforme, era una de sus variantes); la presencia siempre fiel, inteligente y generosa de Sara en las conversaciones con él y otros amigos; su pasión por la medicina; la compañía de sus hijos, sus hijas y sus nietos, de los que se sentía siempre tan orgulloso (incluso decía que había logrado gustar de la música rock gracias a algunos de ellos); el discurso que lanzó la víspera de las elecciones del 2000, contra los abusos del gobierno fujimorista, cuando dijo que debíamos construir un país “del tamaño de nuestra esperanza”; las ocasiones en las que aceptaba presentar libros a cualquier estudiante que se lo pidiera, con tal de apoyarlo en su aventura editorial; sus intervenciones siempre escritas en las presentaciones de libros; las anotaciones minuciosas, irónicas, certeras, que hacía a cada trabajo en las reuniones de los jurados; los chistes que contaba siempre con entonación variada; sus caminatas de una hora siempre en las mañanas; su obsesión por la enseñanza y su frase repetida, “Nunca me pier-



LA REPÚBLICA

SUS LIBROS. Luis Jaime recomendaba lecturas a sus estudiantes y mantenía, en un cuaderno, el registro de los libros prestados.

ACEPTABA PRESENTAR LIBROS A CUALQUIER ESTUDIANTE QUE SE LO PIDIERA, CON TAL DE APOYARLO EN SU AVENTURA EDITORIAL

do mi clase de las ocho”; sus ensayos y confesiones, en *Temas Lingüísticos* y en *Mis Trabajos y los días*; la ovación de pie, de varios minutos, con que lo recibió el auditorio de la Universidad Católica en la ceremonia del profesorado emeritus en septiembre; sus manos moviéndose de arriba abajo, tratando de detener los aplausos, y sus sonrisas aceptándolos; su frase según la cual el maestro es un sembrador que pone una semilla en un alumno y que debe retirarse de la escena cuando lo ve

triunfar; su pasión por Góngora, El Lunarejo, Cervantes; esa expresión de ojos profundos, en la que no estaba ausente un matiz de picardía; la elegancia de su modestia cuando recibía elogios; su pasión por los juegos de palabras y por las palabras, en general; la tarde en la que tocó al piano una pieza llamada “Las piernas de Carolina” y lo dijo; las interminables noches en su casa, haciendo el geniograma (en una ocasión, en su casa, nos faltaba una palabra para terminar un geni-

grama difícil, y cuando lo dimos por perdido y me estaba despidiendo de él, a la una de la mañana, me dijo: “No puede quedar así. Vamos a completarlo”. Y lo hicimos). Su persistencia, su gracia, su generosidad. Su sabiduría, su profunda inteligencia, su humor. Todo eso abona en la cuenta de una gran vida, una vida que nos va a servir a los demás para seguir viviendo, como él siempre quiso y quiere.

[EL COMERCIO, 21/01/2011]

Por
**MARIO VARGAS
LLOSA**
Escritor y Nobel
de Literatura 2010



Fue mi maestro

Fue mi maestro. Yo lo conocí como mi maestro, primero, en el año 1954. Fue mi profesor en San Marcos, en un curso de Literatura española del Siglo de Oro. Y creo que entre todas las cosas que fue Luis Jaime, crítico, periodista, filólogo, la más importante fue para él la de maestro. Creo que fue, sobre todo, un gran maestro por cuyas aulas pasaron miles de estudiantes de muchas generaciones y creo que todos lo recordamos con admiración y cariño. Era un magnífico profesor, riguroso y al mismo tiempo de un

NOS DESCUBRIÓ A MUCHOS, A MÍ ENTRE ELLOS, LA MARAVILLA DE LOS CLÁSICOS DE LA LENGUA

entusiasmo contagioso que nos descubrió a muchos, a mí entre ellos, la maravilla de libros clásicos de los clásicos de la lengua. Por otra parte, no era un maestro encerrado a la universidad. Él abría su biblioteca particular a los alumnos, prestaba libros y hacía a veces en su casa tertulias que para mí están muy vivas en la memoria. Era un guía generoso



POLÍTICA. Luis Jaime en hombros de Vargas Llosa en el Congreso Demócrata Cristiano, en 1956.

CARETAS

que ayudaba a los estudiantes.

También recuerdo haber trabajado con Luis Jaime, cuando yo era estudiante todavía, a finales de la dictadura de Odría. Él estaba vinculado al partido demócrata-cristiano que se estaba formando en ese tiempo y fue director de un pequeño periódico que se llamaba *Democracia*, un pequeño semanario contra la dictadura en el que yo colaboré, de tal manera que tuve una relación bastante cercana con él. Después hemos sido muy amigos toda la vida.

Yo creo que entre todas las virtudes de Luis Jaime, además de las virtudes intelectuales, está la de haber sido una persona sumamente generosa, sin enemigos, que ayudó siempre en lo que pudo a los demás y que por eso es tan querido y admirado en todos los círculos, en todos los medios. Estoy seguro de que es una persona que será siempre recordada con gratitud y con cariño.

Era una persona muy digna, muy decente, siempre eso que antiguamente se llamaba un caballero, que tenía una conducta cívica y ética ejemplares, y creo que eso lo reconocen tirios y troyanos, una de esas personas que no tiene enemigos y que siempre fue muy respetado y muy querido porque, aparte de sus méritos intelectuales, era un hombre bueno.

[LA REPÚBLICA, 21/01/2011]

El sabor de leer

POR LUIS JAIME CISNEROS

Mi amigo insiste en que le recomiende libros para su hijo, y se queja de que el muchacho no lee.

No tengo nada que recomendarle al amigo; y como no conozco al muchacho, menos tengo que decirle a él.

Este problema de la lectura no responde tan fácilmente a recetas como suele creer la gente profana. No es asunto de leer por leer...

Es claro que los muchachos deben leer. Pero esto de la lectura se encara siempre con muy torpe criterio.

Que debes leer, porque un muchacho de tu edad sin lecturas es un zafio. Que a tu edad yo ya había leído a Cervantes, a Montesquieu. Que no sé cómo quieres triunfar si no lees esto o aquello. Que debes leer estos temas y no los adefesios que lees. Y patatín patatán.

La historia me la sé de memoria: no

hay conversación con amigos que no me la recree. Los que pagan el pato son los pobres muchachos. Unos porque realmente no leen. Otros porque soportan insinuaciones y presiones que a nada conducen.

No hay recetas, amigo mío, no hay recetas. Lo necesario es que en el muchacho surja, como una urgencia propia y como fruto de una personal decisión, el sabor de leer. Hay muchos modos de conseguirlo; ninguno se relaciona con la obligación de leer a determinada hora del día ni determinado libro.

Una cosa es cierta: nuestros muchachos no leen. En el colegio no les despiertan el amor por la lectura. Eso de aprenderse argumentos y biografías de autores no sirve para nada, ni es lectura.

[MIS TRABAJOS Y LOS DÍAS]



JACKELINE CASTILLO

AMOROSO. Luis Jaime con su nieta Angelina Chichizola Cisneros.

especial » LUIS JAIME CISNEROS VIZQUERRA

La medicina de LJ

Por **RENATO CISNEROS**

El cielo está engarabintintanguelado/Quién lo desengarabintintanguelará/Aquel que lo desengarabintintanguelare/Gran desengarabintintanguelador será. El pasado sábado 22 de enero, durante el entierro de mi entrañable tío Luis Jaime en el Parque del Recuerdo, mi primo Nacho, el último de sus hijos, tomó el micrófono y –a guisa de homenaje– dijo ese trabalengua, recordando que Luis Jaime se lo había enseñado de niño. Fue un momento dulce, tenso, emocionante, porque además el público respondió repitiendo de memoria el juego de palabras. Dirigiéndose a su padre, Nacho remató la intervención con una frase acertadísima: “Viejo, tú fuiste el gran desengarabintintanguelador de nuestras vidas”.

Eso es precisamente lo que Luis Jaime hacía: resolvía las vidas que tocaba. Las arreglaba. Las componía. Cuando un estudiante lo buscaba, él tenía suficientes olfato y sagacidad para intuir sus confusiones e inquietudes. Inmediatamente, se interesaba más por las paltas personales que por las dudas académicas del muchacho, porque sabía –y esa era una clave de su generosidad e inteligencia– que solo limando las paltas podían amortiguarse las dudas.

Era ahí cuando Luis Jaime recurría, no tanto a los consejos, sino a los libros. Pero, ojo,



no los recomendaba: los recibía. Cual si fuese un médico (de hecho, estudió Medicina durante tres años), y según los males que aquejaran al joven paciente, Luis Jaime prescribía las dosis justas de narrativa, poesía o ensayo. A mí mismo, cuando a los quince lo busqué desesperado porque sentía que mis vocaciones estaban todas equivocadas, me presentó a Herman Hesse, Georges Simenon, Eielson, Pessoa, Oquendo de Amat. Lo apasionante en Luis Jaime es que no te sugería títulos según tu edad o procedencia, sino de acuerdo con tu personalidad. Es decir, te ayudaba a descubrir quién eras, a descubrir qué otras personas e ideas habitaban en ti. Esa era su chamba: guiarte de la mano hacia ti mismo. Lo hizo con muchísima gente, por más de cincuenta años. Tocó cientos de vidas. Estoy seguro de que todas las reparó. O como dijera mi primo Nacho, las desengarabintintangueló. Te quiero, LJ. Hasta siempre.

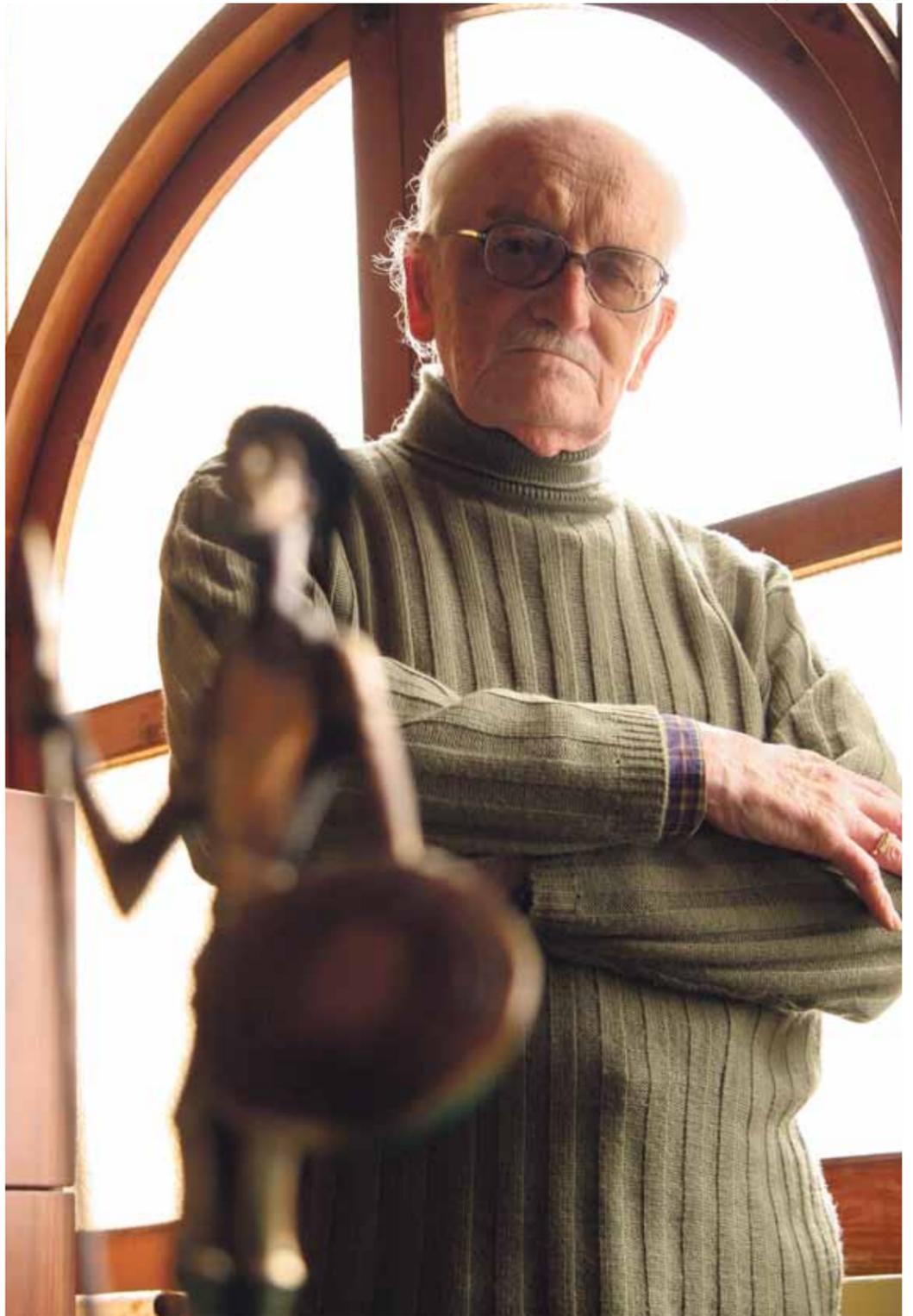
Sencillamente Luis Jaime

Por **ÁLVARO EZCURRA**

Cuando Luis Jaime entraba al aula el primer día de clases – lista en mano, andar apurado y ligeramente torcido–, el silencio era absoluto. Comprendí que se trataba de una curiosa y hasta excitada expectativa de la audiencia cuando yo, una vez sentado a su lado en el escritorio del profesor, les pude ver las caras a los muchachos. “Yo soy Cisneros. Para ustedes será sencillamente Luis Jaime”. La exposición es sobre la competencia lingüística. “Si mi nieto dice: «¡Putá madre, me caí!», pero no se le ocurre decir: «¡Hola puta madre!», es porque es competente”. Risotada general. “Ah, es que yo me divierto mucho con mis nietos”. Tendido un primer puente de complicidad, el ejemplo termina de cobrar su función didáctica y colabora en la proposición de uno de los ejes temáticos del curso: los distintos saberes involucrados



en la competencia lingüística, que serán tema del examen final. En el trajín de las clases, conversaciones que empiezan en el aula van a continuar en su oficina o en su casa. Allí se habla de lingüística, de poesía, de historia, de música, de la vocación, del miedo, de las relaciones familiares, de la enamorada. Todo es relevante –Cisneros anota en un cuadernito; estrena uno nuevo cada semestre– cuando se trata de acompañar al muchacho hasta el umbral de su propio espíritu, para que después camine solo.



GIOVANNA FERNÁNDEZ

LECTURA PERSONAL. A Luis Jaime no le gustaba recomendar libros a un público que no conociera.

“LA TAREA DEL MAESTRO ES OFRECER EL LIBRO COMO UNA VENTANA PARA QUE EL MUCHACHO VEA, DESDE SUS PROPIOS OJOS, PASAR EL MUNDO”. [LJC, MIS TRABAJOS Y LOS DÍAS]

Maestro con mayúscula

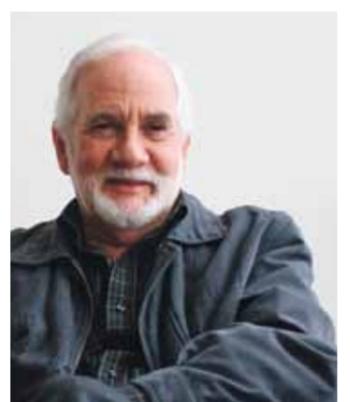
Por **RICARDO BLUME**

Dignidad, sobriedad, decencia, entereza, sabiduría, cordialidad –pero también humor y hasta picardía– son palabras que asocio a la figura y al nombre de Luis Jaime Cisneros, que se nos fue tan recientemente tras una vida larga y fructífera.

Palabras que rodean a la palabra maestro, que en este caso (aunque él no lo aprobara) ha-

bría que escribir con mayúsculas como un compendio de todo. A ello se entregó con pasión y amorosamente. Son testigos los innumerables discípulos que sembró desde la cátedra y el periodismo.

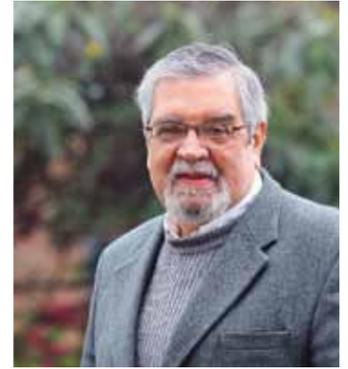
Los que, sin serlo, lo apreciamos y admiramos calladamente, nos lamentamos de no haber podido frecuentarlo y disfrutarlo más. Pero así es la vida. Y la muerte.



MAYU MOHANNA



LA REMINGTON. Luis Jaime se mantuvo fiel a su máquina de escribir hasta en sus últimos textos.



Luis Jaime, periodista

Por JUAN GARGUREVICH

Pese a todo lo que se ha dicho ya sobre las virtudes de Luis Jaime Cisneros, hace falta enfatizar que siempre fue un buen periodista, es decir, de aquellos que creían que el periodismo podía usarse como ariete por la verdad y la educación de las nuevas generaciones. Pese a que no estuvo en redacciones haciendo reportaje, conocía de periodismo como pocos. Podemos imaginar que conocía al dedillo los avatares políticos y editoriales de su ilustre padre, el gran Luis Fernán Cisneros, empecinado pierolista.

Lo importante es que Luis Jaime predicó con el ejemplo, primero en "La Prensa" del 76 al 78 y luego, en su experiencia breve pero más productiva en el nuevo diario "El Observador", entre 1981 y 1982. Fue director en ambos diarios y los convirtió en auténticos faros culturales durante el tiempo que tomó decisiones editoriales.

Cuando fundó "El Observador" imaginó un diario que privilegiaba la opinión por sobre la noticia y para cumplir con ese deseo convocó a decenas de comentaristas que convirtieron el periódico en una tribuna múltiple en la que a veces se criticaba al diario mismo.

Sumándose a la opinión de sus columnistas publicaba una sección breve, "Mi Columna" que suscribía sencillamente como "Cisneros", tomando temas de la actualidad asociándolos siempre con los valores fundamentales, volcando en sus apreciaciones su enorme cultura. Se recuerda en particular las dramáticas líneas de aliento y pesar que dedicó a los argentinos durante la Guerra de las Malvinas porque él los conocía bien porque había estudiado Medicina en Buenos Aires antes de decidirse por la Filología, la enseñanza y el periodismo. Retirado de "El Observador" porfió hasta el final en "La República" con una columna semanal cuyo artículo final se publicó póstumamente y dedicado a sus temas favoritos, la juventud y la educación.

"LA LECTURA TIENE QUE ENSEÑAR A LOS ALUMNOS A DISCREPAR, A CONVERSAR, A DISCUTIR, PORQUE SI NO, NO LOS INDEPENDIZA".

[LJC, EL COMERCIO, 23/02/2008]

Fue sabio y divertido

Por JORGE ESLAVA

No fui su alumno, pero sabía de sus bondades como profesor y persona. Constantino Carvallo me hablaba de él y cuando preparamos en Los Reyes Rojos un libro sobre educación, lo invitamos para presentarlo. Me quedé maravillado aquella noche de 1984: fue sabio y divertido. Luego dejé de verlo durante años, aunque lo leía con frecuencia y admiración. Algunos amigos me tenían al corriente de su valioso trabajo en el Consejo Nacional de Educación y por eso, cuando debía presentar mi libro sobre literatura infantil, de inmediato pensé en él. Lo telefoneé y me contestó con familiaridad; intenté explicarle el motivo de la llamada y me invitó a desayunar al día siguiente. Lo encontré con muletas (se reponía de una fractura) y conversamos un par de horas en su biblioteca; por suerte para mí, la terapeuta postergó su visita y pudimos



alargar la charla. Me sorprendieron los rincones luminosos de su memoria: me narró sus lecturas infantiles, algunos detalles de amigos comunes y un dato que me dejó perplejo: recordaba que yo había jugado pelota, miles de sábados, con Ignacio, su hijo menor. Lo recogí días después para el acto, conversamos en un café y nos dirigimos a la feria del libro. Nuevamente su presentación me dejó maravillado: prodigó la sapiencia y el entusiasmo de un maestro esencial. Y tuvo, además, la generosidad de un hombre bueno.

Un vergonzoso 12

Por GIOVANNA POLLAROLO

Pasé desapercibida en el curso de Lengua I. Nunca me atreví a intervenir en clase y mis notas fueron más bien mediocres. Ni desastrosos rojos ni codiciados dieciochos o diecinueves. Recuerdo un vergonzoso 12 en el cuadernillo del parcial mientras un compañero de asiento ostentaba un envidiable 19 acompañado de una invitación "Interesante reflexión. Búsqueme". Mi compañero no sabía si iría a Economía o a Psicología; tal vez Derecho. No estaba seguro. Pero nunca le había interesado el lenguaje ni la literatura. Yo en cambio: Literatura o nada. Pero esa tarde, mientras el 19 ajeno brillaba sobre mi vergonzoso y solitario 12, me asaltó la duda por primera vez y pensé que tal vez debía renunciar. No renuncié, pero me di cuenta de que tenía que aprender a pensar, a leer y a expresarme como una universitaria. El colegio había terminado.

Años después, cuando fui editora de la revista "Debate" —por entonces ya me había hecho visible para él cuando en clases más pequeñas en la Facultad vencí mi timidez y me hizo redescubrir y reaprender la lectura del Quijote—, le pedí una entrevista, que concedió de inmediato, generoso como era con sus ex estudiantes. Me citó un día sábado y recuerdo una sala con una hermosa biblioteca. Pero lo que más recuerdo es, sobre su escritorio



y perfectamente ordenados, un alto de más de cincuenta cuadernillos en un lado; y otros tantos, ya corregidos, en otro. Le pregunté si esa era la tarea más aburrida y penosa de un profesor; si no se cansaba de corregir cientos de exámenes cada semestre. No. Todo lo contrario. Leer lo que sus alumnos escribían era una tarea grata para él. Leyéndolos, aprendía de ellos; los conocía y entendía mejor. No solo comprobaba su aprendizaje y la marcha del curso: detectaba problemas, pulsaba los cambios generacionales, percibía intereses, dudas, problemas; castigaba con notas bajas a quienes se conformaban con lo que decían los libros. O a los pretenciosos que creían saber más de lo que realmente sabían.

Eso es ser un verdadero maestro, pensé. Las respuestas de cada cuadernillo eran valiosas y merecedoras de atención. Y comprendí mejor que nunca ese vergonzoso 12 que había recibido dos décadas atrás.

especial » LUIS JAIME CISNEROS VIZQUERRA

"Todo (pero todo) Borges"

[LJC, MIS TRABAJOS Y LOS DÍAS]

Su lectura en voz alta de "El Aleph" de Jorge Luis Borges marcó a quienes lo escucharon. Este fragmento es el que solía leer en sus clases.

En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un traspasío de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Bentos, vi racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quinta de Adrogué, un ejemplar de la primera ver-



GIOVANNA FERNÁNDEZ

SUS PREFERIDOS. Entre sus autores privilegiados se encuentran Quevedo, Proust, Joyce, Cervantes, Góngora y Borges.

sión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vi a un tiempo cada letra de cada página (de chico, yo solía maravillarme de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vi la noche y el día contemporáneo, vi un poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos

espejos que lo multiplican sin fin, vi caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales, vi en un escaparate de Mirzapur una baraja española, vi las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vi tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vi todas las hormigas que hay en la

tierra, vi un astrolabio persa, vi en un cajón del escritorio (y la letra me hizo temblar) cartas obscenas, increíbles, precisas, que Beatriz había dirigido a Carlos Argentino, vi un adorado monumento en la Chacarita, vi la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido Beatriz Viterbo, vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en

el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo".

[EXTRACTO DE "EL ALEPH", DE JORGE LUIS BORGES (1899-1986)]

Jorge Luis Borges

POR LUIS JAIME CISNEROS

Quiero solo preguntarme en alta voz en qué consiste lo que hay de vital en su obra. Y digo en seguida que el motor de esa vitalidad son sus lecturas. La vida se le ha ido en este vasto paraíso de interminables bibliotecas. La vida está en sus fuentes y en sus obras. Claro es que no descubriremos en el rastreo ni la anécdota propicia al amor,



ARCHIVO HISTÓRICO PUCP

HOMENAJE. Luis Jaime Cisneros, el R.P. Felipe Mac Gregor y Alberto Varillas acompañan a Jorge Luis Borges.

ni el desgraciado diálogo político, ni siquiera el brusco rasguear de la milonga. Y para los que se esmeran en preguntas de estilo rampón, adelantemos que si Bor-

ges es un escritor comprometido, lo está desde el inicio con la literatura. Está comprometido con la literatura porque lo está consigo mismo. Su compromiso es con el

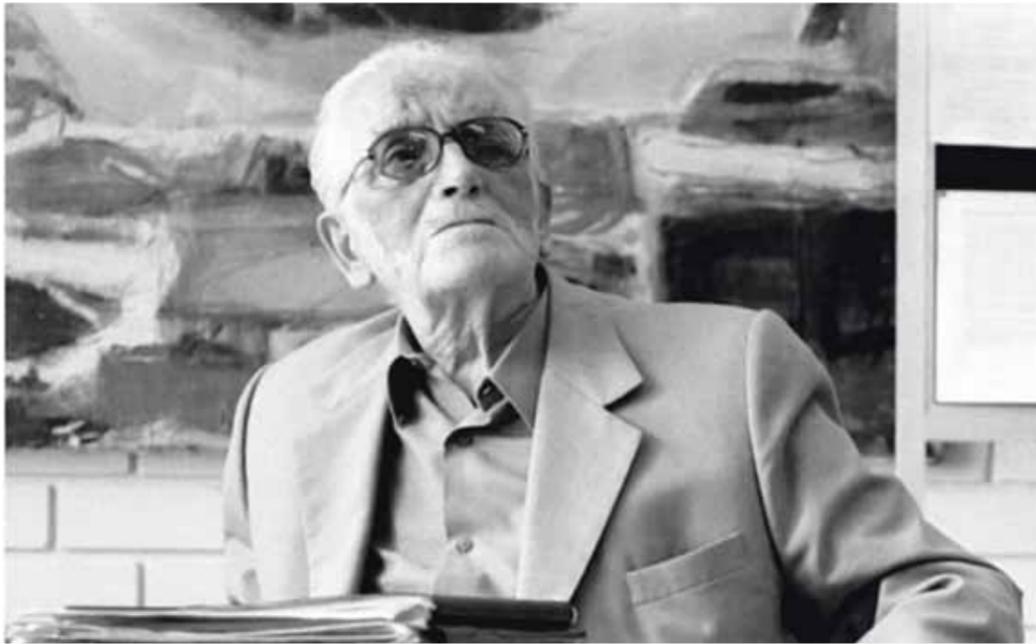
hombre. Es decir, con el hombre que es todos los hombres. Está comprometido con el hombre concreto que hoy se sienta en esta aula magna, como con el mendi-

go que espera en el umbral, como con el que ayer atravesó los llanos urgido por las lanzas forajidas de Quiroga. Es compromiso de hombre auténtico. Borges es, al fin y al cabo, experto en cosas humanas. Todas las cosas humanas lo atraen, todas lo rozan, y el vertiginoso cúmulo de ellas nos lo ha hecho vivir alguna vez en "El Aleph": el amor y el odio, el triunfo y la muerte, la verdad y la literatura, la razón y la sinrazón. Ellas constituyen y justifican su originalidad y su importancia.

[EN LA CEREMONIA DE IMPOSICIÓN DEL GRADO DE DOCTOR HONORIS CAUSA A JORGE LUIS BORGES. 22 DE NOVIEMBRE DE 1978]

"Yo no me voy de la PUCP"

[LJC, 2010]



JACKLINE CASTILLO

GRACIAS. Luego de seis décadas en nuestras aulas, Luis Jaime dejó una huella imborrable en la Universidad.

**POR
LUIS JAIME CISNEROS**

La Universidad Católica, en ceremonia especial, me ha conferido el título de Profesor Emérito. Tengo con esta Casa una relación de sesenta largos años de docencia, y lo de 'emérito', de acuerdo con la etimología, pone de relieve esa antigüedad. Claro es que puedo confesar que en estas décadas he aprendido mucho, al extremo que 'eméritos' resultarían también los colegas y los estudiantes con quienes he compartido extraordinario trajín. Puedo dar fe, por lo pronto, de cómo ha ido la institución perfeccionando métodos y programas, hasta alcanzar el alto grado de rendimiento que hoy se le reconoce. Yo regresaba al país luego de haber recibido una formación muy europea, terminada la segunda guerra, y tuve que ir modelando mi actuar ante una idea de la tradición distinta de la que había incorporado a mi experiencia universitaria. A veces, los universitarios manejamos exageradamente el tema tradicional. Hay que aprender a cuidarse de la tradición. Hay que cuidarse de ella, que puede ser -mal entendida- el primer síntoma de la esclerosis. La tradición es una línea de trabajo que mira al porvenir. Es un movimiento en plena actividad, y en pleno desarrollo. No es una estagnación en el espacio. Es un tiempo vertiginoso que está durando ahora y nos envuelve y que, como continúa trascendiendo, seguirá su marcha empujado por nosotros mismos. No es una alegoría que nos haga contemplativos. Es un celo que

nos atrae y nos tienta. Un huracán que arrasa. No hay modo de cambiarle la dirección.

Esos años eran difíciles, y la Católica estaba tratando de asegurar su fisonomía. La tarea universitaria no consistía en encerrarse en la torre de marfil, como querían los liberales, y allá el mundo que rueda, y nada de lo que ocurra más allá de mis fronteras me interesa. Ni la tarea universitaria era el pretexto circunstancial que nos permitiría fungir de políticos y consumir la revolución, y al diablo con la enseñanza y la investigación: ya pasó también, felizmente, la concepción materialista que proponía esa insana utopía. Era claro que veníamos a la Universidad a trabajar para una tarea concreta, bien concreta, en este país, con esta generación, y en esta hora del mundo. Veníamos conscientes de nuestra responsabilidad, que alcanza solidariamente aún a quienes nos combaten y a quienes nos incomprenden. Porque vale la pena ser universitario, ya que nos permite comprender al hombre.

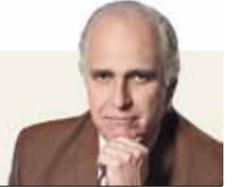
Sí, la Católica fue abriéndose lentamente al siglo XX, y la aparición de las Ciencias Sociales robusteció esa certidumbre. Se fue adquiriendo conciencia del trabajo académico y desde el Instituto Riva-Agüero (donde habíamos creado los Seminarios de Filosofía, Historia y Filología) profesores y estudiantes aprendimos a distinguir lo profundo de lo superficial. Ya había certeza de que el campo de las Humanidades no era tan independiente y tan claro como nos habían hecho creer, y comenzamos a prepararnos para no sentir que las ciencias estaban tan alejadas

(como creíamos) de las letras. Fue la hora en que Felipe Mac Gregor abrió camino al rigor de la inteligencia y postuló la idea de una universidad moderna, abierta al trabajo científico, que hiciera de la investigación el arma predilecta de la institución. Por entonces comprobábamos que muchos de los temas filosóficos y los lingüísticos, nacidos en el seno de la Católica, comenzaban a incorporarse a los programas y métodos de otras instituciones. En ese sentido, la PUCP fue la voz inaugural que abrió la trocha a muchos campos de la Psicología y la Lingüística.

He tratado de recordar, en estos días, los días de gloria y los días de pena vividos en la Universidad. Y comprendo claramente que si los colegas no hubieran hecho lo suyo, y los estudiantes lo que les estaba destinado, la casa habría estado realmente vacía durante mis sesenta largos años. Pero ahora que aparentemente la dejo, reconozco que es precisamente la casa que quisieron conservar y defender el padre Dintilhac y Riva-Agüero. Para defenderla y recrearla trabajamos profesores y estudiantes. Y, en rigor, esto de la jubilación es un 'modo de decir' puramente de sabor administrativo. Puedo anunciar, en alta voz, que no me voy de la Católica. En todas las esquinas estoy, y desde ahí agito mis banderas. Y en estos difíciles momentos, paso lista de presente para asumir por entero la defensa de su tarea.

**[PALABRAS DE LJC TRAS
RECIBIR EL TÍTULO DE
PROFESOR EMÉRITO DE
LA PUCP. LA REPÚBLICA,
05/09/2010]**

MARCIAL RUBIO CORREA
Rector de la Universidad y
alumno de Luis Jaime Cisneros



El legado de Luis Jaime

El profesor Luis Jaime Cisneros fue muchas cosas a la vez. Fue, en primer lugar, un maestro de aula que siempre prefirió enseñar a los más jóvenes, lo cual es una lección para todos nosotros, los docentes, que a cierta edad creemos que debemos pasar al posgrado. Él no. Él siempre dictó en los primeros ciclos. En segundo, fue un gran investigador de la lengua. Trabajó libros, escritos y dejó un legado intelectual que todavía utilizamos y seguiremos utilizando por mucho más tiempo. En tercer lugar, fue un gran creador en su obra literaria y también en su vida cotidiana, pues era un prestidigitador de la palabra, siempre jugaba con ella, incluso cuando hacía un comentario, para denotar, para connotar, para hacer una broma, para invertir un sentido, para hacer una analogía.

Como prueba de que era una persona muy creativa, el padre Felipe Mac Gregor me contó alguna vez que cuando era rector en los años 70, en la época del golpe de Estado del general Velasco, un día el ministro de Educación le pidió una cita. Hablaron durante la reunión muy bien, pero al final se quejó, ya que le mencionó que había un profesor en la Católica que les llamaba gorilas en clase. "No, no puede ser", le contestó el padre, a quien no le costó mucho llegar luego ante Luis Jaime, de quien era muy amigo. "¿Tú les dices así a los militares en clase?", le preguntó. "No, yo pongo el siguiente ejemplo de lengua: las mariposas

son multicolores, los gorilas son de color uniforme. Si la gente se ríe, es problema de la gente", le contestó. Yo alguna vez le pregunté a Luis Jaime por esto y él me comentó: "En Europa eso es una descripción: el gorila es de color uniforme, pero acá el gorila es un militar color uniforme". Esto lo recordó Alonso Alegría en un reciente artículo.

Luis Jaime Cisneros siempre fue una persona muy crítica, pero crítico constructivo y creativo. Al final de su vida en la Católica, cuando le dimos la medalla de reconocimiento, dijo: "Yo no me voy, yo me quedo en cada esquina, observo, aplaudo y protesto", porque tenía una idea crítica de la Universidad que quería proteger y por la que luchó todo el tiempo, hecho que le agradezco mucho.

Finalmente, fue un enamorado de la lectura y abogó por ella hasta sus últimos momentos. Todo esto es un legado que tenemos que recuperar de muchas maneras. Los alumnos con sus enseñanzas, los profesores con sus enseñanzas pedagógicas. Las autoridades con su observar, aplaudir y protestar. Yo lo conocí desde el 65, pero entiendo que estuvo aquí desde el 48, que fue el año en que yo nací. Lo tuvimos 62 años como un sello de la Universidad. Creo que es cierto decir que la Católica no va a ser igual porque Luis Jaime no está, pero también hay que decir que él permanece en nuestra casa de estudios porque la marcó con su manera de ser y su concepto de la vida cultural y universitaria.

FRANZ KRAJNJK



HONORES. Luis Jaime, profesor emérito de la Universidad.

especial » LUIS JAIME CISNEROS VIZQUERRA

Adiós al maestro

“¿Asustarme? No, ¿por qué? Sé que vendrá en el momento menos pensado. De eso he tenido lecciones frecuentes. Y estoy preparado. Lo importante es que los que te rodean también estén preparados”. [LJC, EL COMERCIO, 28/03/2008]

YANINA PATRICIO



DESPEDIDA. Familiares, amigos y discípulos asistieron al entierro en el cementerio Parque del Recuerdo, en Lurín, para despedirse de Luis Jaime.

DESDE EL **facebook**



Las muestras de afecto y despedidas continúan en las redes sociales.



Jesús Gómez Rojas

Descanse en paz. Sus enseñanzas quedarán en nuestros corazones por siempre, maestro de maestros.



María Irene Vegas

Siento muchísimo su partida. No fue mi maestro, pero sí mi amigo. El Perú acaba de perder a un gran hombre que sembró sus enseñanzas en muchos de sus discípulos. Mi más sentido pésame.



Fernando Bolaños

Cuando se va alguien como LJC, solo queda agradecer que haya maestros que, como él, nos transmitieron no solo conocimientos e ideas, sino sobre todo su pasión por aprender y seguir aprendiendo siempre.



Teresa Nakano

LJC, un lujo haberte tenido de profesor. Gracias por las anécdotas, por las respuestas sencillas pero de significado profundo, gracias por transmitir el gusto y la pasión por la lectura.



Miguel Palomino

¡¡Gracias por todo, maestro!! Recuerdo que su horario de Teoría de Lenguaje en la facu de Letras era el más solicitado y, por ende, el que se llenaba más rápido. Todos queríamos ser sus alumnos.



Ada Pango Nazar

¡Adiós a Luis Jaime! Un ejemplo de maestro. ¡Te vamos a extrañar!!



Juan Luis Ossio

Aún me resulta difícil aceptar que nos deja Luis Jaime. Con sus bromas y anécdotas, se nos va el hombre de letras y un baluarte para la historia peruana.



Patty Palomino Tueros

Es una gran pérdida no solo para la comunidad universitaria sino para el país entero. Estamos tristes porque se fue un gran maestro de maestros.



Chispas Bellatín

Luis Jaime Cisneros dejó, como para indudablemente muchos, una huella imborrable en mi cerebro y en mi corazón. Escucharlo leer “El Aleph” de Borges en un viejo salón de la Plaza Francia es uno de esos momentos que no se olvidan. Gracias, maestro.



Fernando Espinoza Pazos

Un gran maestro, un gran amigo. Tuve el privilegio de conocerlo personalmente y de ser su alumno. Gracias maestro por enseñarnos a ser mejores personas. ¡Que Dios te tenga en su gloria!



Cecilia Cisneros Hamann

Quiero aprovechar este espacio para agradecer en nombre de mi madre y mis hermanos todo el cariño que hay en sus recuerdos y anécdotas sobre mi padre. Gracias a todos ustedes he revivido en mi corazón y mi memoria su pasión por estar siempre cerca de sus alumnos, de la juventud, de sus esperanzas en ella para hacer de este país un lugar mejor para todos. Nuevamente gracias.